

guerra católica, sin España y aun contra España. En su ceguera no llegó á comprender que todo cuanto debilitase á España, debilitaba también al catolicismo, porque su fuerza única estaba en la universidad de nuestro imperio. En sus comienzos el partido de los Guisas, logró, volviéndose á las supersticiones patrióticas del Papa Caraffa, indisponer al Pontificado ortodoxo con el imperio español, pero estas luchas de los dos elementos constitutivos del catolicismo entonces, debieron durar poco, pues á la universidad de los Pontífices respondía por una grande congruencia la universidad de nuestra España. Los Guisas lograron que todo un duque de Alba sitiase á Roma y que todo un Paulo IV tuviese condotieros luteranos, lograron tocar casi el codiciado trono de Nápoles, que poseía la antigua casa de España; lograron dominar en el ánimo de Enrique II y dirigir bajo su nombre á Francia; pero católicos por interés, no comprendieron cómo los intereses del catolicismo estaban todos librados á las fuerzas de España, y dejaron en grande y suelta libertad á los protestantes, los cuales compusieron un ejército dentro del ejército, y dentro del Estado Francés otro nuevo Estado.

Pero los protestantes franceses, á su vez, cometieron otro error transcendental y gravísimo, entregando la dirección de sus fuerzas y la jefatura de su partido á príncipes coronados y regios. El protestantismo francés hallábase inspirado en el protestantismo calvinista. La Cena jamás fué para los franceses, verdaderos hugonotes, lo que fuera para Lutero; la Cena tenía en su doctrina el carácter tan sólo de una conmemoración y no era un resto de Sacramento. La presencia real para ellos había desaparecido del pan y del cáliz, á cuya desaparición debía seguir un sacerdocio mucho más laico y una doctrina más republicana que la doctrina y el sacerdocio de Lutero. Así el calvinismo había tomado en todas partes el carácter profundamente democrático de la gran Ciudad, en cuyo seno brotara y creciera, el carácter de Ginebra. Holanda, cuya revolución iniciara un verdadero patriado; Escocia, unida con la realista Inglaterra, por tantos lazos de sangre y de tradición; América, donde, si existían muchos puritanos, también existían muchos caballeros; la República inglesa misma y su gran protector, el severo Cromwell, dedujeron del calvinismo las consecuencias sociales que debían deducirse, y lo elevaron á doctrina fundamental de las democracias por resultar en su fondo un cristianismo republicano. República Inglaterra, República Ginebra, República más tarde América. Repúblicas todas las naciones, donde tuviera influjo el calvinismo; los calvinistas de Francia debían de haberse dejado llevar del instinto de conservación y erigir, á su vez, también una República; uniéndola con los calvinistas de Suiza y los calvinistas de Flandes y los calvinistas de Inglaterra y los calvinistas de Escocia, para componer así una liga y anficiónado de pueblos libres frente á la liga y á las monarquías de los reyes absolutos. Pocos hombres personifican la nueva fe con tanta grandeza como el sublime Almirante Coligny. Diríase que lleva la conciencia como una llama sobre su frente y en la conciencia las lenguas de fuego llovidas por el Espíritu Santo en el Cenáculo.

Por su estatura gigantesca, por su ancha frente, por su enroscada y blanquísima barba, por su semblante iluminado con relámpagos tempestuosos, diríase que Coligny era el Moisés de Miguel Angel en carne y hueso. Pocos hombres habían llegado á sentir y á comprender como él toda la fuerza del nuevo Cristianismo. Ninguno reunía en tanto grado el vigor de un guerrero con la caridad de un cenobita; y la fuerza de una complexión batalladora con la dulzura de un apostolado constante. Pero aquel hombre tenía una fidelidad inquebrantable á los Reyes, como quien dice, á los enemigos más implacables de su persona y á los contradictores más radicales de sus creencias. Carlos IX, el monarca de San Bartolomé, tuvo en el dulce almirante Coligny un perro fidelísimo. Aunque le golpeaba, Coligny volvía, herido y malgrecho, á sentarse á sus pies para defender con todas sus fuerzas la regia diadema, destinada por la implacable fatalidad á ser como la triste argolla de su garganta. Acabado, moribundo, casi extinto; con las balas de los realistas en el cuerpo, con las sombras de la muerte cayendo sobre sus ojos, todavía prestaba culto al tirano, que ya organizaba el degüello universal de todos los suyos. Los protestantes franceses dieron á su partido por cabeza, ya un Condé, ya un Borbón, siempre un príncipe de sangre real ó un Rey en persona. ¿Qué había de suceder á los incautos? Los enemigos comprenden el poder de las ideas mucho mejor que cuantos las profesan y mantienen. Los reyes se asomaron al fondo del Calvinismo; y vieron dibujarse, tras su transparente superficie, con vigor extremo, la República democrática. Y como vieron la República democrática se atemorizaron de aquella grande obra, y se decidieron á perderla. Pocos, muy pocos hombres en el mundo han tenido partidarios tan fervorosos como Enrique de Borbón, Rey de Navarra. Mientras soñó con alzarse de su mermado señorío al trono francés contra los intereses de la casa de Valois, se apoyó con resolución completa en los protestantes; mas así que pudo por un cambio de fe y la extinción de sus rivales, asegurar la corona, constante deseo de su alma, entregó el Protestantismo al olvido, como pesada carga para sus ambiciones, y cambió de religión y de fe con la misma ligereza que si cambiara de camisa.

Enrique II, cautivo largo tiempo en Madrid, por no haber observado su padre Francisco I los pactos con Carlos V, llevaba en su rostro la sombra del cautiverio, y en su alma el odio invencible á sus implacables carceleros. Así, aunque se decía católico y católico ferviente, se ligaba con los luteranos, y hasta con los turcos, contra nuestra España. El ejemplo de tal Rey debía extender el calvinismo por la nación. Parientes próximos del condestable Montmorency propendían á la revolución y abrazaban el calvinismo. Chantillon, sobrino carnal de Montmorency, se convirtió á la Reforma, y no contento con esta conversión propia, persuadió á Coligny, su hermano, que llevaba el título de Almirante, así como á otro hermano, que era cardenal del Sacro Colegio, á imitarle y seguirle. Los Borbones, representados por Enrique de Navarra; los Montmorencys, representados por el Condestable; los Colignys, representados por el Almirante; los Guisas, representados por sus duques

y por sus cardenales, debían bien pronto armar una guerra civil con aspecto de religiosa que iba en su horror á extender el incendio y la matanza desde París á todos los territorios franceses. Para mayor confusión aquel Enrique II, que se denominó un día rey protector de los príncipes luteranos, tramaba una especie de conspiración encaminada con tenacidad al exterminio de los hugonotes; y no sabemos á dónde hubiera llegado si la muerte no interrumpe la obra de su política y no corta la urdimbre de sus planes. Murió en un torneo, á manos del conde de Montgomery, capitán de guardias, quien le dió, sin quererlo, una mortal lanzada entre las espléndidas fiestas apercibidas á celebrar el matrimonio de su hermosa hija Isabel con Felipe II. Doce años reinó aquel monarca, y mucho tiempo más estuvo unido con Catalina de Médicis, á la cual detestaba, pero en la cual tuvo seis hijos, quienes, más ó menos tiempo, fueron todos reyes: Francisco II, rey de Francia; Carlos IX, rey de Francia; Enrique III, rey de Francia; el duque de Alenzón, rey de los Países Bajos; Isabel, reina de España; Claudia, duquesa soberana de Lorena; y Margarita, reina de Navarra. Esta familia de los Valois recibió de Carlos VIII y Luis XII furiosa pasión por Italia, y se convirtió en familia florentina, merced al influjo sobre todos sus hijos ejercitado por la célebre madre de todos ellos, Catalina de Médicis, prenda pasada un día de manos de Clemente VII á manos del primogénito de Francisco, no sólo para hacer constar el carácter regio de su antigua familia mercantil, sino para hacer constar también su irreconciliable y eterna enemiga con el emperador y con España. Catalina de Médicis no tuvo creencias, sino supersticiones. Como el gran florentino Maquiavelo, creyó en la revelación astrológica mucho más que en la revelación evangélica. Las conjunciones de los astros con las rayas de las manos; el hollín de una chimenea alquímica y el horóscopo de un hechicero brujo, enseñaron más á su mente que todas las verdades divinas de la conciencia y del cielo. A esto unía el menosprecio por las leyes morales, menosprecio reinante de suyo en aquellas corrompidas cortes italianas, que al perder la libertad, habían perdido toda virtud y toda inspiración, despojadas en su servidumbre hasta de los deslumbradores y ricos esmaltes puestos en su corona por los buriles del arte. Catalina sólo aspiraba, en su falta de conciencia y de ideal, á reinar. Aunque ha pasado á la posteridad como una Euménide católica, sedienta de sangre, nutrida por carne humana, y alumbrada en guisa de Furia por las reverberaciones de las hogueras inquisitoriales, á causa de la huella indeleble dejada en el recuerdo universal por la sangrienta noche de San Bartolomé, Catalina de Médicis no creía en ningún dogma, empleándolos todos, según las propias conveniencias, para sostener con la corona de sus hijos su natural autoridad y su propio imperio. Jamás conoció el mundo mujer tan humilde y tan paciente, así en el gobierno como en la corte. Durante muchos años fué la mejor amiga y confidente de la manceba de su propio esposo, la hermosa y provecta Diana. Cincuenta y dos años tenía esta beldad exquisita cuando más pri-
vaba en el ánimo de su cautivo Enrique II; y á tal edad no podían faltarle disgustos y dis-

gustos graves, con su real amante. Pues Catalina se interponía en sus discordias, y las conjuraba con la mejor intención del mundo, para que no trascendiesen á su hogar y no perturbasen su vida. Bien es verdad que Diana de Poitiers y Enrique III á porfía le representaban Italia con sus esplendores del Renacimiento llevados á Francia por ellos en su arrebolado y triste ocaso, á fin de ornar los palacios erigidos para su propio recreo. Y no sólo se adscribió á Diana de Poitiers, su rival, se adscribió también á María Estuardo, su nuera, mujer de Francisco II, y hechura de los Guisas. Así, pocas mujeres históricas tan abrumadas por la responsabilidad inmensa de grandes sucesos trágicos y no pocas tan faltas de voluntad y de pensamiento, de política y de propósito; como no fuese reinar bajo el nombre y advocación de sus tres hijos reyes. Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Lo mismo le daba entenderse con Felipe II que con Isabel I; perseguir que ayudar á los holandeses, proteger que contrastar á los alemanes; unir á su hija Isabel con la personalidad más alta del Catolicismo ultramontano, que unir á su hija Margarita con la personalidad más alta del protestantismo latino y occidental; suscitar á los Guisas contra los Colignys, que á los Colignys contra los Guisas; cartearse con Alba para exterminar á todos los hugonotes ó expedir su hijo el duque de Alenzon, su Benjamín, á reinar bajo la tutela de Orange sobre las provincias calvinistas; detener ó impulsar la matanza de San Bartolomé, con tal de, sobre todas estas corrientes contrarias, erigir su autoridad y su imperio.

Diez y seis años tenía Francisco II al llegar á su trono. Engendrado en aquel frío lecho de dos esposos desavenidos siempre, guardaba toda la debilidad propia de su triste generación. A mayor abundamiento casáronlo con una mujer imperiosa, María Estuardo, parienta de los Guisas, como hemos dicho, y que imaginaba, por llevar sangre de los Tudores en sus venas, y á un mismo tiempo Reina de Francia, Reina de Inglaterra, como era ya Reina de Escocia. Naturalmente, por medio de tal princesa gobernaron los Guisas, los grandes caballeros católicos, sobre Francisco II; y por medio de Francisco II gobernaron sobre toda la Francia. Ellos proscribieron, con apariencias más ó menos diplomáticas, á Condé; rechazaron á Borbón; cogieron el alto puesto de Montmorency; arrancaron el gobierno de la isla de Francia y de la Picardia á Coligny; levantando por este medio en su contra una liga de caballeros poderosísimos apoyada en la nueva idea religiosa contra la ortodoxia de sus rivales. Esta contradicción de los Guisas con los Borbones produjo la conjuración de Amboix, cuyo jefe murió violentamente, después de haber matado también violentamente al jefe de las tropas católicas. A poco de conjurarse tal amenazadora liga, reuniéronse los representantes de los dos partidos en presencia del Monarca, y expresaron las quejas dictadas por sus mutuos reconcentrados rencores. Al oír cómo el cardenal de Lorena, cabeza religiosa de los Guisas, maltrataba en aquellas Asambleas al dulce almirante Coligny, cabeza espiritual de los hugonotes, sentíase bien el odio irreconciliable y eterno entre los dos partidos. Pero en esto llega un suceso, que debía influir en todo el

movimiento de aquella extraña política. Francisco II muere como engendro deleznable de aquella familia de los Valois completamente podrida. Los Guisas recibieron mortal golpe con la muerte de Francisco II; y al ver la muerte del catolicismo con la muerte de su propio poder librados á cosa tan frágil como la existencia fugaz de tales principios, murmuraron entre dientes la destitución de los Valois por débiles en su moral y por leprosos en su físico. María Estuardo alcanzaba unos veinte años cuando Francisco sólo tenía diez y seis. Fuerte, robusta, fornida, carnosa, voluptuosísima, sanguínea, voraz, aquella mujer debía gastar pronto á su endeble y raquítico esposo. Así decía el duque de Alba, en su brutal franqueza de soldado, que había muerto Francisco II de una María Estuardo. Devorado por fiebre continua, quiso ir á caza en día lluvioso y triste de Noviembre. Penetrado por la humedad volvió con fuerte dolor de cabeza, póstulas en los oídos, apretón grandísimo de garganta; todo aquello era gangrena. Los Guisas desesperados hubieran querido arrancar á la horrible agonía del Rey niño una orden de muerte contra sus mayores y más encarnizados rivales. A este fin, para que Catalina de Médicis lo impulsase con sus obsesiones, creyeron obligarla con prometerle la regencia del reino. Catalina, en su doblez, no les dió una rotunda negativa, pero tampoco les afirmó cosa que oliera ni de lejos á un consentimiento. La florentina quiso regentar, pero sin los Guisas. Así es que, muerto Francisco II, se disolvió su matrimonio con María Estuardo; y disuelto su matrimonio por este golpe de la naturaleza, concluyó el poder absoluto de los Guisas. Al verse los señores de Francia tan ahuyentados del poder, trataron de intrigar con los protestantes de Alemania y hasta hubieron de ofrecerles una estrecha alianza en materias de religión y de dogmas. Pero vino á cortar todas estas intrigas su odio irreconciliable á los calvinistas con la horrible matanza de Vassy. Catalina se dejó llevar de los acontecimientos como un cuerpo muerto que cae sobre el curso de un río, y para contrastar á los Guisas arma por primer acto de su gobierno á los protestantes sin fortalecerlos en sustancia; pero decidida por completo á dejarlos igualmente abandonados á sí mismos en el día de su derrota. Los Guisas contestaron á este acto de la Reina con otra matanza en Seus, ciudad feudataria del cardenal de su familia, matanza tan horrible como la misma de Vassy. Catalina de Médicis no se atrevía en modo alguno á combatirlos de frente. Nieta de mercaderes, víctima de grandes menosprecios en la Corte, odiada por su esposo Enrique II, sierva de su rival y competidora Diana de Poitiers, juguete vil de María Estuardo, adulaba como los más humildes cortesanos á todo el mundo y en silencio aguzaba su puñal contra todos los partidos con tal de clavárselo á todos sin ser vista y por la espalda. Cautiva de los Guisas por su cobardía; cautiva de Felipe II, cuyo poder le daba pavor; cautiva del clero á quien pedía oro y más oro; cautiva del Vaticano, de quien diariamente reclamaba cooperación y auxilios; cautiva de todos los poderes católicos; la Médicis comprendía que su emancipación de tantas tutelas estaba en emancipar á los calvinistas; y sin embargo no sabía cómo

ir al término y logro de tal emancipación, para ella verdaderamente indispensable. Muchas promesas debió dar á los Guisas cuando el duque, lleno de gozo, escribía por Junio á su hermano el cardenal que la Reforma se aguardaba y que las ciudades protestantes y las armas rebeldes se rendirán á una sin tardanza y sin condiciones. Mas, en aquellos tiempos siniestros no podía ni el más poderoso cantar victoria, porque á la vuelta de la primer esquina le atisbaba un arcabuz y en la sustancia de cualquier manjar se le apercibía homicida veneno.

Los caracteres principales de tal tiempo eran la insubordinación general y la terrible anarquía. Entregado el poder á príncipes tan débiles como los Valois y á mujer tan doble como la Médicis, no había, no, arriba fuerza bastante para imponer abajo el respeto á las leyes y el mantenimiento de la paz pública. Ortodoxos y herejes constituían á una el desorden universal, no dos partidos con sus sendos jefes, dos Estados con sus respectivos gobiernos por cabezas, sus ejércitos en armas y en lucha, sus plenipotencias ante las extrañas naciones, dotados, por consiguiente, de todas las facultades anejas al supremo poder y á la soberana autoridad. El partido hugonote se hallaba dirigido por el rey Antonio de Navarra, por el príncipe Condé, su hermano, por los Chatillones, á cuyo frente se veía el más ilustre de todos ellos, el sabio almirante Coligny, mientras el bando católico se hallaba dirigido por los Guisas, de sangre real, por los Montmorencys que disponían de cargos hereditarios semejantes á la corona misma, y por otros no menos ilustres magnates. Los dos extremos de los dos partidos representábalos, entre los ortodoxos, Guisa; entre los heterodoxos, Coligny. Pero había en ellos personajes, los cuales representaban términos medios; entre los católicos, el condestable Montmorency; entre los hugonotes el rey Antonio de Navarra. Despojada su familia de la mitad del reino, de la parte que cae aquende los Pirineos, Antonio pasaba su vida en requerimiento y busca de la restitución del despojo. Y cuando se persuadía de la vanidad de su empeño, demandaba una compensación con Cerdeña ó Mallorca. Felipe II, en cuyas manos estaba el compensarle ó no, le ofrecía Túnez, con tal que la conquistase. Antonio de Borbón, rey de Navarra y jefe de los hugonotes, fluctuaba entre católicos y protestantes á la oscilación de sus anheladas compensaciones; y Catalina de Médicis, regente de Francia y jefe de los Valois, fluctuaba entre católicos y protestantes á la oscilación de su regio poder. Los partidos en lucha representaban las últimas transformaciones del feudalismo en podredumbre. A pesar del brillante reinado de Francisco I y del terrible reinado de Luis XI, la monarquía no logró imponerse á sus orgullosos feudatarios. Había menos señores feudales, aplastados los nobles de segunda clase por los de primera; mas gozaban estos de un poder absoluto y de una incontrastable autoridad. La monarquía no estaba en el caso de contemplarlos, sino en el caso de combatirlos á los dos para levantarse fuerte sobre su debilidad respectiva. Esto hubiera hecho un rey de ánimo valeroso; esto hicieron más tarde aquellos que fundaron la unidad